

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO IV.

El ciudadano ambicioso y el soldado ambicioso.

Quedóse el último el obispo de Orvieto para conferenciar con Rienzi en una dependencia del templo cerrada al público. Sobrada penetración tenía Raimundo para conocer cuán poco efecto había de producir la pasada escena entre los nobles, ni para olvidarse de sus querellas, ni para comprometerles á tomar parte en el restablecimiento del orden. Así es que luego que le refirió á Rienzi los pormenores que habían ocurrido desde su desaparición, terminó de esta manera.

—De todos modos esto nos hará obtener algun buen resultado: el primer choque de armas, la primera querella que entre los nobles se suscite, tendrá visos de una violación de promesa, y suministrará al pueblo y al Papa un pretexto legítimo para desesperar de toda enmienda por parte de los barones; ese pretexto sancionará los esfuerzos del primero y la aprobación del segundo.

—No habrémos de aguardar mucho para tener ese pretexto, respondió Rienzi.

—Fundada me parece esa profecía, dijo Raimundo sonriéndose. Hasta ahora todo va viento en popa. ¿Nos acompañáis, Rienzi, amigo?

—No, creo mas oportuno quedarme aquí hasta que se disperse la muchedumbre, pues sí me viesen ahora en el estado de efervescencia en que se hallan, tal vez porfiáran por acometer alguna empresa temeraria é intempestiva. Además, monseñor, con un pueblo ignorante por mucho que sea su entusiasmo y por singular que sea su buena fé, es preciso observar estrictamente esta máxima. «No gastes á fuerza de familiaridad el efecto de tu presencia.» Los hombres que, como yo, no tienen distinción exterior, nunca deben mostrarse á la muchedumbre sino en los casos en que basta su espíritu para revestirles de algun ditintivo.

—Es verdad, no teneis comitiva, respondió Raimundo acordándose de su magnífica librea. Ea pues, adios: que nos veamos pronto.

—Si, en Filipos. Echadme vuestra bendición, reverendo padre.

Algun tiempo había transcurrido despues de esta conferencia, cuando abandonó Rienzi el santo edificio. Mientras permanecía de pié sobre las gradas del templo, comunicaba su magia al paisaje la hora que precede al rápido crepúsculo de las regiones del Mediodía: desde allí se descubrian los arcos del poderoso acueducto, perdiéndose á lo lejos y destacándose sobre las distantes y purpurinas montañas. Delante de la fachada y á la derecha se eleva la puerta que trae su nombre del monte Celiano: merced á la elevación del peristilo podía distinguir las poblaciones esparcidas aquí y allí en la cenicienta campiña, sobre la cual parecían blanquecinas manchas, reflejando los oblicuos rayos del sol de ocaso: las sombras de las montañas comenzaban á oscurecer en el último término los techos de la antigua Tusculum, y de la segunda ciudad de Alba, que triste y abandonada domina todavia los derruidos palacios de Pompeyo y Domiciano.

Permaneció el romano inmóvil por algunos instantes y como absorto en la contemplación de la escena, respirando aquel aire puro y enbalsamado. Era la dulce estación de la primavera, la estación de las flores, de la fresca verdura, de las murmurantes brisas; el hermoso mes de mayo, el mes pastoril de los poetas de Italia. Mas ya habían cesado las tiernas canciones á orillas del Tiber, ya habían enmudecido sus armoniosas cañas. Ninfas y driades y silvanos, todas estas deidades campestres de aquel país habían desertado del monte Sacro, habitado en otros tiempos por Saturno. Rienzi había nacido poeta: su entusiasmo, su veneración por el heroísmo antiguo, su amor apasionado á lo bello, á lo grande; su gusto por la magnificencia y la graciosa elegancia; aquel gusto á que comunicó su poder mas tarde tan rico desenvolvimiento: la abundancia de ideas y de imágenes que brotaban de sus labios en brillantes é inagotables olas, en suma, todas sus cualidades podían haberle asegurado en tiempos mas tranquilos una preeminencia literaria mas incontestable, y sobre todo adquirida á menos costa, que la que se alcanza por medio de una vida activa. Tal fue la idea que cruzó por su mente mientras vagaban sus ojos entre la magestuosa perspectiva que tenía delante.

—¿Cuánto mas venturoso sería, murmuraba para sí, á no haber salido nunca de mi propio corazón para contemplar al mundo; Dentro de mí mismo poseía todo lo que basta para vivir contentos en lo presente, pues poseía el medio de olvidarlo. Residía en mí la facultad de crear: vivían en mi imaginación las fábulas y tradiciones del pasado. Poseía el divino don de la poesía, que abre deliciosa salida á sentimientos sobrado intensos para permanecer reprimidos dentro del alma: todo esto era de mi pertenencia. ¡Oh, cuán prudente ha sido la elección del Petrarca! Habla al mundo y fuera del mundo vive: persuade, escita, manda, porque tales son las miras de la gloria y de la ambición humana, y evita el tumulto, y el áspero roce con la sociedad activa. Oculto en su pacífico retiro, que puebla de hermosas visiones, puede ahuyentar la idea de los malos tiempos que alcanzamos, reuniendo en torno suyo los espíritus generosos, las grandes épocas del pasado. Pero yo. ¡A qué cuidados me he consagrado! ¡En que trabados me he comprometido! ¡De qué instrumentos me veo en la necesidad de hacer uso! ¡A qué distracciones, á qué artificios he de someter mi arrogancia! Mis enemigos son pérfidos y viles, mis amigos inciertos. Y en esta lucha con hombres ciegos é infames se amengua y se pervierte el alma. Paciente y cauteloso debo arrastrarme

con mis recursos á través de tenebrosas cavernas y de fango para llegar á la luz al fin apetecido!

En tan tristes reflexiones se encerraba una verdad, cuya sombría tristeza no había conocido Rienzi hasta entonces. Por mucha que sea la hermosura y la grandeza de un objeto, lo altera la vista mental del ambicioso á cada paso que da fuera del camino recto, y por grados va colocándose el final nivel de los medios. El verdadero infortunio del hombre que se adelanta á su siglo, consiste en que para emprender una reforma, necesita valerse de instrumentos propios á corromperle. Camina sobre un volcan. Acostumbrado el pueblo á una falsa escitación, no puede ya pasarse sin ella, y luego que su ídolo no seduce, su imaginación le huella con sus plantas. Por esos medios artificiales no produce sino una reforma temporal, ilusoria; y desaparece con ella. Es un juego de cubiletes: cae el lienzo, se descubre la magia, y ruedan los cubiletes y las bolas. Vale mas cien veces un solo paso lento y seguro en el camino de las mejoras obtenidas por los progresos de la razón pública: obtenida así una reforma nunca puede desaparecer del todo: pero los relámpagos fugitivos en una noche cerrada solo sirven para que parezcan mas profundas las tinieblas, despues de disiparse en su seno.

Se preparaba Rienzi á alejarse del templo cuando sintió en el hombro una ligera palmada.

—Buenas noches, señor Rienzi, le dijo una voz franca.

—Os devuelvo con gratitud vuestro cortés saludo, contestó el romano fijándose en el individuo que se le había acercado, y en el que mis lectores deben ya haber reconocido al caballero de San Juan.

—Presumo que no me conocéis, dijo Montreal: eso poco importa, lo sabreis en breve. Lo que es yo tengo la singular satisfacción de conoceros.

—Acaso nos hayamos visto en casa de algun noble á cuya clase parece que pertenecéis.

—Eso no es del todo exacto, repuso Montreal con orgullo. Engríanse vuestros magnates con su poder y su alto nacimiento; pero os afirmo que no me trocaría por ellos aunque se aplanaran las montañas ante mis pasos. A los ojos del valiente no hay mas plebeyos que los cobardes. A vos, sabio Rienzi, continuó el caballero en mas festivo tono, os he visto en medio de escenas mucho mas interesantes que el círculo de un baron romano.

Rienzi lanzó una escrutadora mirada sobre Montreal, quien la recibió con frente serena.

—Si, prosiguió el caballero, mas no es mi intención deteneros, permitid que os acompañe por algunos momentos. Si, os oí la otra tarde cuando arengábais al pueblo, hoy cuando amonestásteis á los nobles con tanta rudeza; y además (os lo diré al oído, muy bajo porque es un secreto) os oí á media noche en la semana última cuando recibisteis el juramento á los conspiradores entré las ruinas del Aventino.

Como hubiese terminado de hablar, retrocedió un paso el caballero con el fin de leer en el rostro de Rienzi, el efecto que habían producido sus palabras.

(Continuará.)

WASHINGTON.

Los realistas siguiendo su antigua opinion habían quedado quietos en la ciudad acumulando riquezas considerables durante la dominación inglesa: los fieles patriotas todo lo habían abandonado; lo habían perdido todo por defender la libertad é independencia. ¿Cómo era posible vivir en paz, y sometidos á un mismo gobierno clases tan opuestas? No era pues mas de temer que la arrogancia que da la victoria, por una parte, y el deseo de conservar los bienes adquiridos por otra, no produjesen una terrible explosión? Pues á pesar de todo no hubo disension, ni altercado alguno, con grande admiración de los ingleses. Los patriotas que entraron con el general Washington dieron en esta memorable época una prueba nada equivocada de su generosidad y moderación; esta magnanimidad, este olvido de particulares resentimientos es un ejemplo que honra sobremanera á los habitantes de este pueblo. Tan luego como quedaron pacíficos poseedores de su ciudad, se asociaron entre sí, formando compañías, y uniéndose á los militares alternaron sucesivamente con el objeto laudable de conservar la tranquilidad, y los que no entraban de servicio hasta el siguiente día, tenían orden de no acostarse, (1) para estar mas pronto para acudir adonde necesario fuese, si llegaba á turbarse el orden público. No faltaron discolos que nada omitieron para encender el hacha de la guerra civil, pero la presencia del general (2) á quien respetaban todas las clases, y cuya penetrante vista, y singular acierto, todo lo preveía, y la incansable actividad del gobernador (3) secundada por la cooperación del nuevo gobierno, y los esfuerzos de los honrados habitantes, pusieron un freno, é hicieron inútiles estas maquinaciones.

La prudencia de los realistas, los escritos conciliadores publicados en gacetas y folletos (4) el respeto á las leyes, y los rigores de un invierno cruel, contribuyendo poderosamente á calmar la efervescencia de las pasiones, y encono de los ánimos.

(1) Véase la Gaceta de Nueva York del 27 de noviembre de 1785 impresa por Samue London.

(2) Washigton,

(3) S. E. Jorge Clinton.

(4) Las cartas de Focion publicadas por el Coronel Hamilton influyeron mucho á calmar los amigos.

Mas de 400 familias reducidas à la indigencia por la destruccion de sus casas, interrupcion de su comercio é industria, y desastres causados por la guerra reclamaban la pública comiseracion. Sumas considerables (5) recaudadas por diferentes suscripciones que ascendieron à mas de 1,200 guineas. socorriendo las primeras necesidades, aliviaron los padecimientos de estos desgraciados, contribuyendo no poco, à restablecer la antigua armonia: Puedo aseguraros que estos actos de generosa caridad fueron uno de los medios mas eficaces que aceleraron la reconciliacion de los dos partidos.

Los ricos Thorys se apresuraron à socorrer sus desgraciados hermanos proporcionándoles fuego y vestidos, y de este modo reuniéndose la gratitud de estos al general reconocimiento apagó insensiblemente el fuego de las pasiones, y aseguro completamente la tranquilidad de la ciudad.

Poco à poco el nuevo gobierno adquirió toda la energia y fuerzas necesarias. Se restablecio la autoridad municipal creando un Maire y doce regidores: el tribunal de comercio y seguros; la sociedad de Marina (6) las escuelas públicas, y el Hospicio de la caridad se instalaron bajo las mismas bases que estaban anteriormente. Al mismo tiempo se alincaron y empedraron las calles; se limpió la ciudad, trabajando sin intermision en la reedificacion de las casas arruinadas, construyendo otras de nuevo: se repararon los muelles y calzadas, habilitando tambien la Universidad y el gran hospital.

El establecimiento de Industria, y la casa-asilo de los pobres se han confiado al celo y direcion de la sociedad de amigos del pais, y han determinado que los delincuentes por causas leves se destinen à los trabajos públicos por un tiempo determinado, aboliendo los castigos corporales, las mas veces infructuosos, designado por las antiguas leyes.

La industria y actividad americana no tardará en reparar los daños sufridos en esta lucha, y dentro de pocos años espero que esta capital será mas hermosa mas rica y populosa que lo era antes de la revolucion. ¡Que campo tan vasto para reflexionar!

El día 24 sufrimos todavia una tercera borrasca, que hizo estrellar muchas naves en la costa vecina; y parece que la naturaleza y los elementos quisieron hacer para siempre memorable esta grande época con extraordinarios acontecimientos, pues en aquella noche hubo tambien un terremoto.

A pesar de estos incidentes, terminadas todas las negociaciones y convenios entre los dos generales se señaló definitivamente el día tan ardientemente deseado por los americanos, el fausto día en que debia recibir la ciudad en su seno à sus hijos predilectos para el 25.

Desde la víspera las tropas continentales que estaban acampadas en los altos de Harlem fueron aproximándose à la ciudad en la que ya no quedaban mas ingleses que los precisos para cubrir los puntos avanzados. Llegaba por fin la última escena y desenlace de esta larga y sangrienta tragedia!

(Continuará.)

Del último número del Laberinto tomamos la siguiente poesía:

CANCIONES DE BERANGER.

EL VIAJE IMAGINARIO.

Asoma el nuevo otoño y en sus húmedas alas
Aun de nuevos pesares el martirio me trae,
Y siempre dolorido, pobre y tímido siempre,
La flor de mi alegría palideciendo cae.
Arrancadme del fango do se arrastra Lutecia;
Cobjeme otro cielo de mas limpio turquí;
Ya en mis gratos abriles deliraba con Grecia:
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Para mí es importuna toda version de Homero;
Sí, Griego he respirado, Pitágoras da fé.
Por madre tuve à Atenas en tiempo de Pericles,
Del filósofo Sócrates la cárcel visité.
De Fidias asombrado palpé sus maravillas;
Abejas del Himeto dormidas sorprendí;
Ví del ameno Ilisa florecer las orillas:
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Dioses! un solo día desvanezca mis ojos,
Vivifique mi espíritu la lumbre de ese sol.
Salúdola de lejos, y libertad me grita,
Acude, Trasibulo se ostenta vencedor:
Partamos, ya la nave se brinda à mi deseo,
No embrazeçais las ondas ¡oh mares! contra mí,
Permitid que mi musa rauda aborde al Pireo:
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Si es magnífico el cielo de la florida Italia
Odiosa servidumbre nubla su terso azul.
Boga, barquero, boga, llévame compasivo
Allá donde renace blanca y fúlgida luz.
Tranquilas ondas surco, rústico nombre crece,
Fértil campo se viste de rosa y de alelí,
Y del tirano el impetu en sus playas fenece:
Allí el postrer suspiro lanzar quisiera, allí.

Acoged à un salvaje, dadle seguro puerto
De Atenas castas vírgenes, mi númen alentad;
Por vuestros dulces climas dejo un pais avaro
Donde el genio à los reyes encadenado está.
Patrocinad mi lira, no la hagan su trofeo,
Y si mis cantos logran conmoveros así,
Abrid à mis cenizas la tumba de Tirteo:
Aquí el postrer suspiro vine à lanzar, aquí.

TODAVIA AMORES.

Todos los dioses de la edad florida
A solas me dejaron con mis años,
Sin la esperanza para mí querida
De que cierren mis ojos sus engaños.
Dije, y súbito dulce encantadora
Llega, y su voz anima mis sentidos.
¡Ah! ¡todavía una beldad traidora!
Aun todos los amores no son idos.

Aun es acaso manantial la pena,
Mas fatígame ya tanto reposo;
Cuando jóven, sujeto à mi cadena
Entre desdichas palpité gozoso.
¡Ah! los dioses me envían, reina bella
Me vuelves los encantos ya perdidos;
Rosa de otoño esponjate para ella,
Aun todos los amores no son idos

Aun lágrimas encierra mi pupila,
Aun entona mi voz cántico tierno,
¡Cantos y amor! pues la beldad destila
Fuego que inflama al aterido invierno.
Todo sonrie flores con mas galas,
Campos mas verdes, cielos mas lucidos,
Surcan vientos mas dulces leves alas,
Aun todos los amores no son idos.

À LOS JÓVENES.

Al bendecir un cielo de dulzura
Sobre la playa descansando un día,
Llorad à los marinos sin ventura
Víctimas ¡ay! de tempestad bravía.
Bien merecen alguna prez del mundo
Hombres que en su fatiga y desamparo,
Antes de sumergirse en lo profundo
Os señalaban con su dedo el faro.

A. F. DEL RIO.

VARIEDADES.

BOLETIN DE JURISPRUDENCIA Y LEJISLACION.

Se ha repartido à los suscritores la segunda entrega de la primera série pública en 1836, que actualmente se está reimprimiendo. Se publica por entregas de 192 paginas, y se suscribe à 12 rs. por entrega en Madrid y 16 en las provincias.

Se hallan de venta en la redaccion las series 2.^a y 3.^a que constan de tres tomos aquella y de cuatro esta, à 78 y 136 rs. respectivamente.

De la 4.^a série se publican tres números al mes, y se suscribe à 10 rs. en Madrid y 12 en las provincias.

Se halla en prensa un folleto en 4.^o de comentarios al reglamento de los juzgados, obra de los redactores del Boletín, que constará de 150 páginas al menos. al que se admiten suscripciones à 10 rs. pidiéndolo en la redaccion con libranza sobre correos.

HISTORIA

DE FELIPE II REY DE ESPAÑA.

POR DON EVARISTO SAN MIGUEL.

Hace dias se repartió à los señores suscritores la entrega PRIMERA de esta publicacion, la cual contiene los retratos del emperador Carlos V y Felipe II. Hoy se reparte la segunda.

Condiciones de la suscripcion.

La obra constará lo menos de cuatro tomos en octavo prolongado de 400 páginas cada uno, de buen papel, y de igual carácter de letra que el prospecto.

Se darán al público dos cuadernos de 96 páginas cada uno al mes, y cada cuatro formarán un tomo.

Cada cuaderno costará à los suscritores 5 rs. y 6 en las provincias franco de porte.

A todos los suscritores al DIARIO DE AVISOS, NUEVO AVISADOR, EL TIEMPO y demas publicaciones de la casa del señor Boix, se les rebajará un real por cuaderno, tanto en Madrid como en las provincias.

Puntos de suscripcion.

En MADRID.—En la librería de su editor don Ignacio Boix. calle de Carretas, número 8.

En las PROVINCIAS.—En las principales librerías y administraciones de correos.

TEATROS.

DE LA CRUZ Y DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funciones.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche. 1.^o ¿SE SABE QUIEN GOBIERNA? comedía en dos actos. 2.^o Gran bailable en un acto titulado LA AURORA; en el que la señora Guy Stephan desempeña la protagonista.

IMPRESA DE D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas número 8.

(5) Distribuyeron estas limosnas los S. S. Lawrence y Jorge Embre dos de los mas respetables miembros de la Sociedad de amigos del Pais.

(6) Rico establecimiento cuyo principal instituto es dar pensiones à las viudas é hijos de los marinos que perecen en el mar